

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR LITERARIO,
RICARDO SEPÚLVEDA.

SEMANARIO HUMORÍSTICO

(SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs. — AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre, 3 ps. fs.; un año, 5½ ps. fs. —

Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administracion de este periódico, plaza de San Nicolás, núm. 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

EN CAMPAÑA (cróquis del natural). — POR PELLICER.



— A mí me gustan las *alvias* de todas maneras... ¡de todas!...

EL SALUDO. — POR PEREA.



En los tiempos del rey que rabió.

EL PRIMER RELOJ.

Habrán ustedes oído hablar de la primer levita, del primer sombrero de copa; de esa levita y de ese sombrero con qué nos presentamos en el mundo con el título de hombres al abandonar el de niños.

¡Qué regocijo! ¡Qué alegría! ¿Se acuerdan ustedes? Tienen ustedes presentes aquellos seis días que preceden al destinado á vestir las primeras prendas de hombre? ¡Qué cosas se sueñan entónces! ¡Qué cálculos se forman!

Echa uno la cuenta del aumento de representación que se adquirirá con las nuevas prendas; calcula el asombro, mezclado de envidia, con que le contemplarán los compañeros de colegio.

Pero el hombre no es completo hasta que lleva un reloj en el bolsillo, y puede á cada momento saber la medida del tiempo; por eso el único afán, el más ferviente deseo del pollo que sale de la gorra y la chaqueta y se embute en la levita y la chistera, es el de procurarse un reloj lo ántes posible.

No falta entónces un *cebollino* tradicional en la familia, ó una saboneta de plata que la abuela usó en sus mocedades, y que la usó de tal manera, que ya perdió, por el roce continuo, la labor que ostentaba en sus tapas.

El *cebollino* se ofrece al solicitante para un día determinado: para Año Nuevo, para el día del Santo, para los próximos exámenes si sale bien, etc., etc.; y el día llega, y el pollo engancha la joya en una cadena de metal amarillo (que las hay hermosísimas á peseta), y se echa á la calle.

No se abrochará la levita; ¡pierdan ustedes cuidado! No se la abrochará aunque haga el más crudo viento de invierno. Es preciso que el pollo juegue con la cadena y la enrosque en los dedos, haciéndola visible á todo el mundo, para que todo el mundo se entere de que lleva un reloj.

Por más que mira á las fisonomías de los transeuntes, no encuentra en ellas demostración de asombro. Las gentes pasan á su lado sin mirar ni una sola vez la cadena.

Entónces es cuando el muchacho, aprovechando la proximidad de cuatro personas, saca el reloj del bolsillo, oprime el muelle, salta la tapa, y se queda mirando la esfera. Observa que las manecillas no se mueven, y—«¿Se habrá parado?» exclama en voz alta, y aplica al oído la anticuada joya, y escucha con atención sus pausadas pul-

saciones, más débiles y apagadas que las de un tísico moribundo.

—«¡Como no sea que le falte cuerda!» dice entónces con gravedad; y sacando la llave del bolsillo, levanta la tapa posterior, y... no hace falta; el reloj está bien alimentado.

Francamente, es una picardía que los primeros relojes no necesiten una ración de cuerda cada cinco minutos; el pollo que se pone por primera vez un reloj, ha oído decir que hay cronómetros que tienen cuerda para quince días. —«Entónces, piensa él para sí, ¿en qué demonios se entretienen sus dueños?»

Continúa andando mi hombrecito, y al poco tiempo encuentra un camarada suyo, un compañero de colegio, el hijo de un vecino... un cualquiera que aún no tiene reloj.

Mientras se cambian los saludos, el del reloj procura apartar las solapas de la levita, y la cadena se ostenta con todo su falso brillo. El otro se *traga la partida*, como vulgarmente se dice, y exclama para sí:—«¡Calla! ¡Una cadena! ¿Llevará reloj?»

El del reloj espera á que el amigo le pregunte qué hora es, y distraído y preocupado con esta idea, se extravía de la conversacion, hasta que por fin se decide á terminarla con un golpe final, con un *bouquet*, como dicen los polvoristas.

—Pues señor, dice cortando de repente el discurso del otro; no puedo detenerme más: á las seis me esperan en casa, y son las... las...

Y el reloj sale á luz, y... se separan diciendo cada cual para sí:

El que ya tiene reloj. — ¡Le he chafado!

El que no le tiene. — ¡Ah! ¡Cuando yo tenga reloj, ya será mejor que ese, ya!

A los pocos pasos, el joven del reloj recibe una de esas sorpresas que no se borran en mucho tiempo. Un menestral se le aproxima, y le dice:

—¿Me hace usted el favor de decir qué hora es?

—Con mucho gusto. Son las... las cuatro y media y diez minutos, ó sea las cinco ménos veinte en punto. Es la hora fija.

—¡Gracias!

¡Ya han notado que lleva reloj!

Apenas se dá un solo caso en que el muchacho que se pone reloj por primera vez no tenga que llevarle al día siguiente á casa del relojero, porque se rompe el cristal, ó porque le ha tapado y destapado tantas veces, que el polvo ha entorpecido la máquina, ó (lo que es más comun), por-

EL SALUDO. — POR PEREA.



En estos tiempos de democracia.

que queriendo dar cuerda cuando apenas hacia una hora que lo habia hecho, aprieta un poco la llave, y... ¡crik! la cuerda se rompe.

El primer reloj tiene muy pronto que ser reemplazado por otro. Como al cabo de cierto tiempo ya se ha adquirido la costumbre de llevarlo encima y el hábito de cuidarle, el segundo reloj es, por lo regular, más caro, más magnífico, más hermoso.

Y... ¡lo que son las cosas! El primer reloj desaparece mal vendido, al cabo de varias composturas y lañas; el segundo reloj suele no pocas veces salir del bolsillo para perseguir á una picara sota de oros que se resiste á presentarse.

Manuel Matoses.

A UNA ADOLESCENTE.

(INÉDITA.)

I.

No envidies, no, los goces infinitos de la pompa mundana:
ni á la que va cubierta de diamantes,
ni á la que bella entre las bellas llaman.

No envidies á quien ve quemar incienso,
satisfecha, á sus plantas:
ni á la que siñe, deslumbrando al mundo,
corona de nobleza soberana.

II.

Pero envidia, mi bien, envidia siempre la dulce paz del alma:
la fé del corazon honrado y puro,
que aunque se ve engañado, nunca engaña.

Envidia siempre á la mujer que inspira amor y confianza:
y que halló en el camino de la vida,
un alma noble, de la suya hermana.

III.

No compadezcas la mujer altiva que mira derrocadas,
cual castillo de naipes, que alzó un niño,
químéricas y locas esperanzas.

No compadezcas el dolor visible de la que ve llegadas,
las primeras arrugas, que, en las sienes,
la extensa fecha del vivir delatan.

IV.

¡Mas compadece la tortura horrible de la que ya esperanzas
no alimenta, de hallar ni paz, ni dicha,
y cruza por el mundo solitaria!

¡Si ves tal desventura en tu camino,
detente á consolarla:
porque es... créeme á mí, la más completa,
que el universo en sus abismos guarda!

María del Pilar Sinués de Marco.

¿ QUIÉN LO COMPRA ?

Niñas, en subasta pública,
y á voluntad de su dueño,
un corazon se traspasa
por cesacion de comercio.
Libre de todo gravámen,
carga, servidumbre y censo,

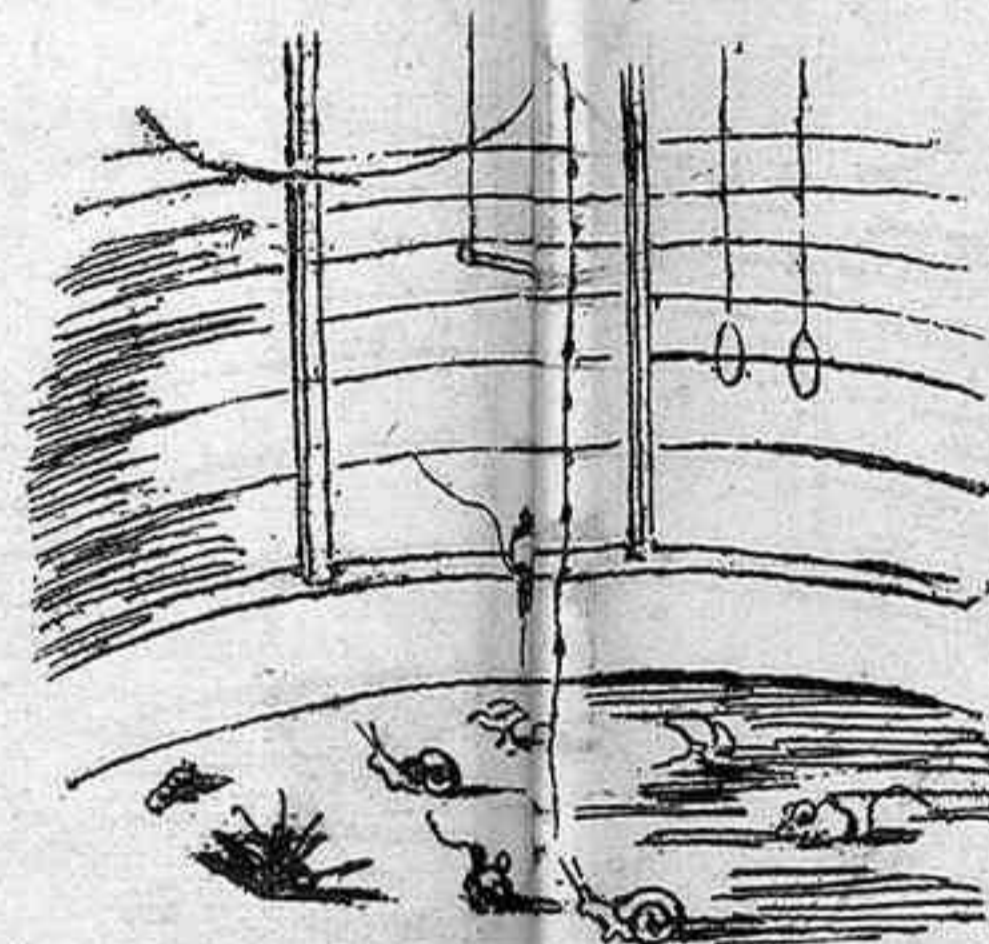
CIRCO DE PRICE. Revista por LUQUE.



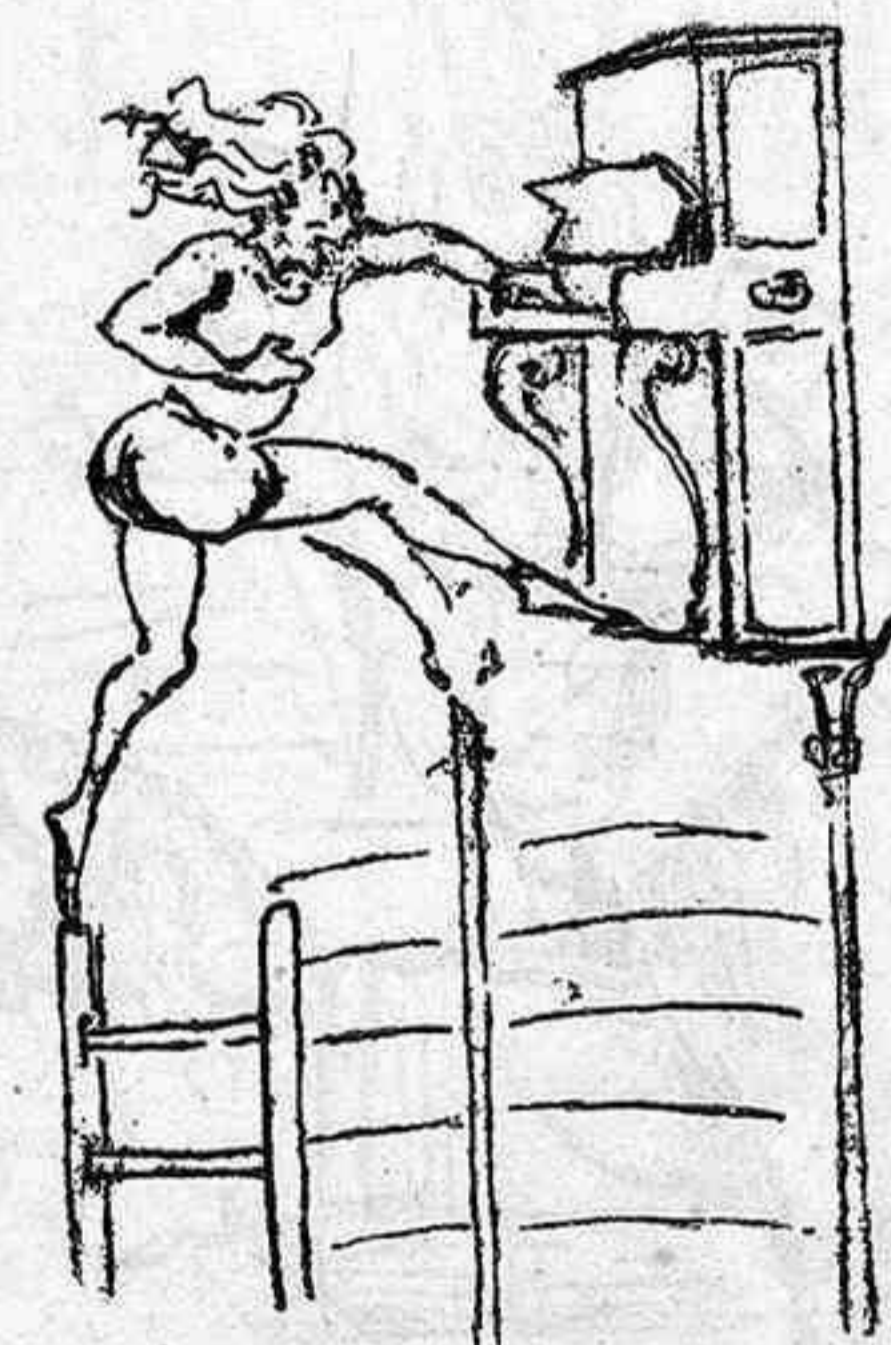
Los cartelitos.



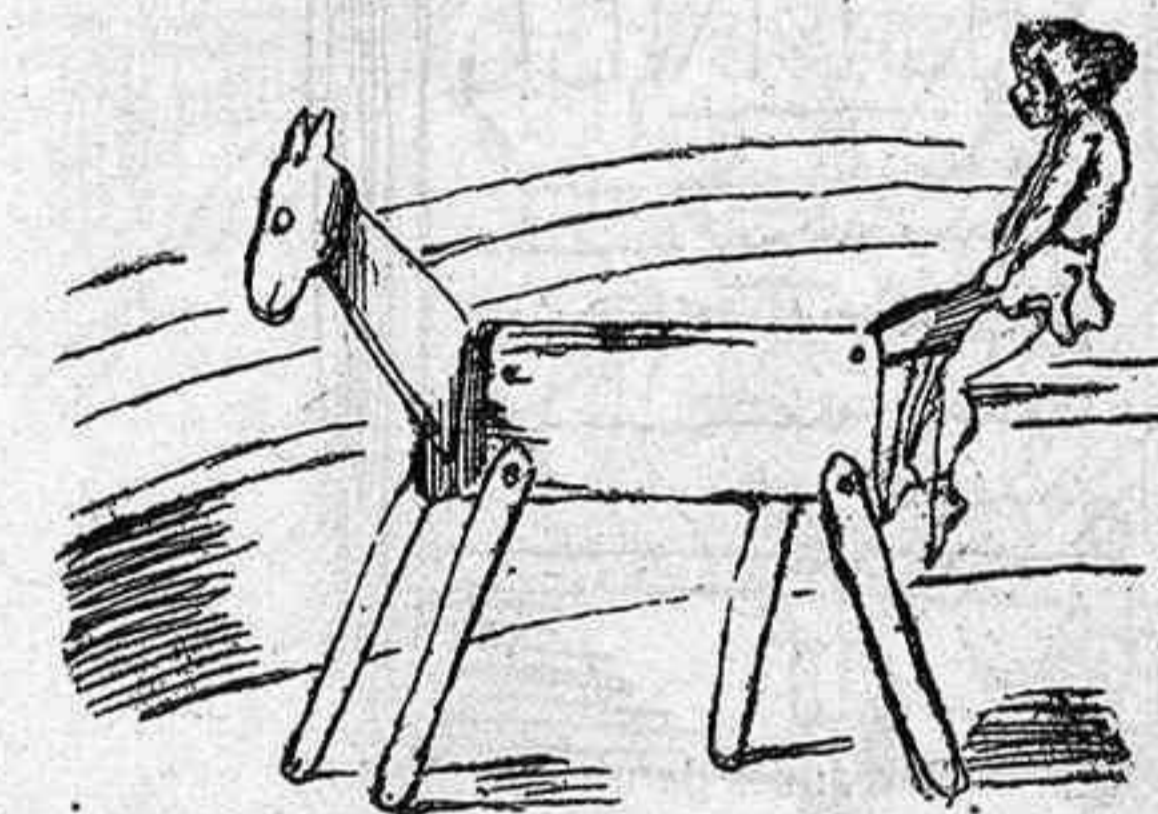
El amo del cotarro.



Aspecto del Circo durante la representación.



Mr. Bellini. ¡Quién le había de decir que después de componer la Norma se dedicaría á hacer la escalera musical!



Mr. Fourniaire. — Trabajo en... palo.

LA...LA...LARA...¡TUUUUU...!

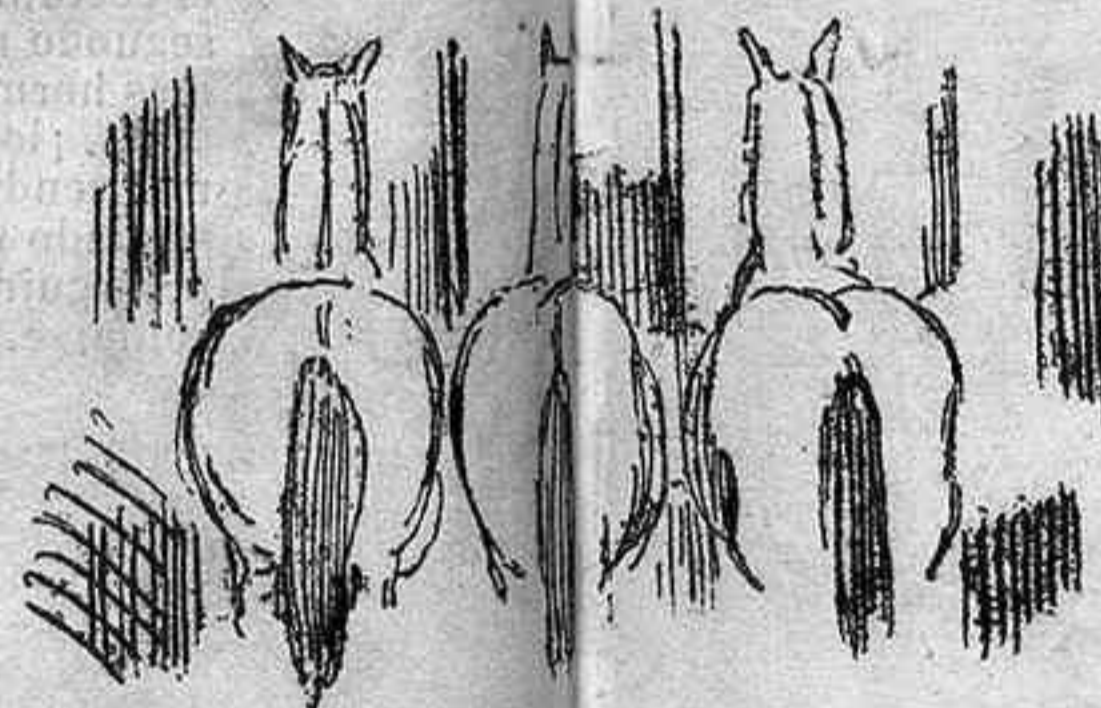
En puerta... mo á la vuelta.



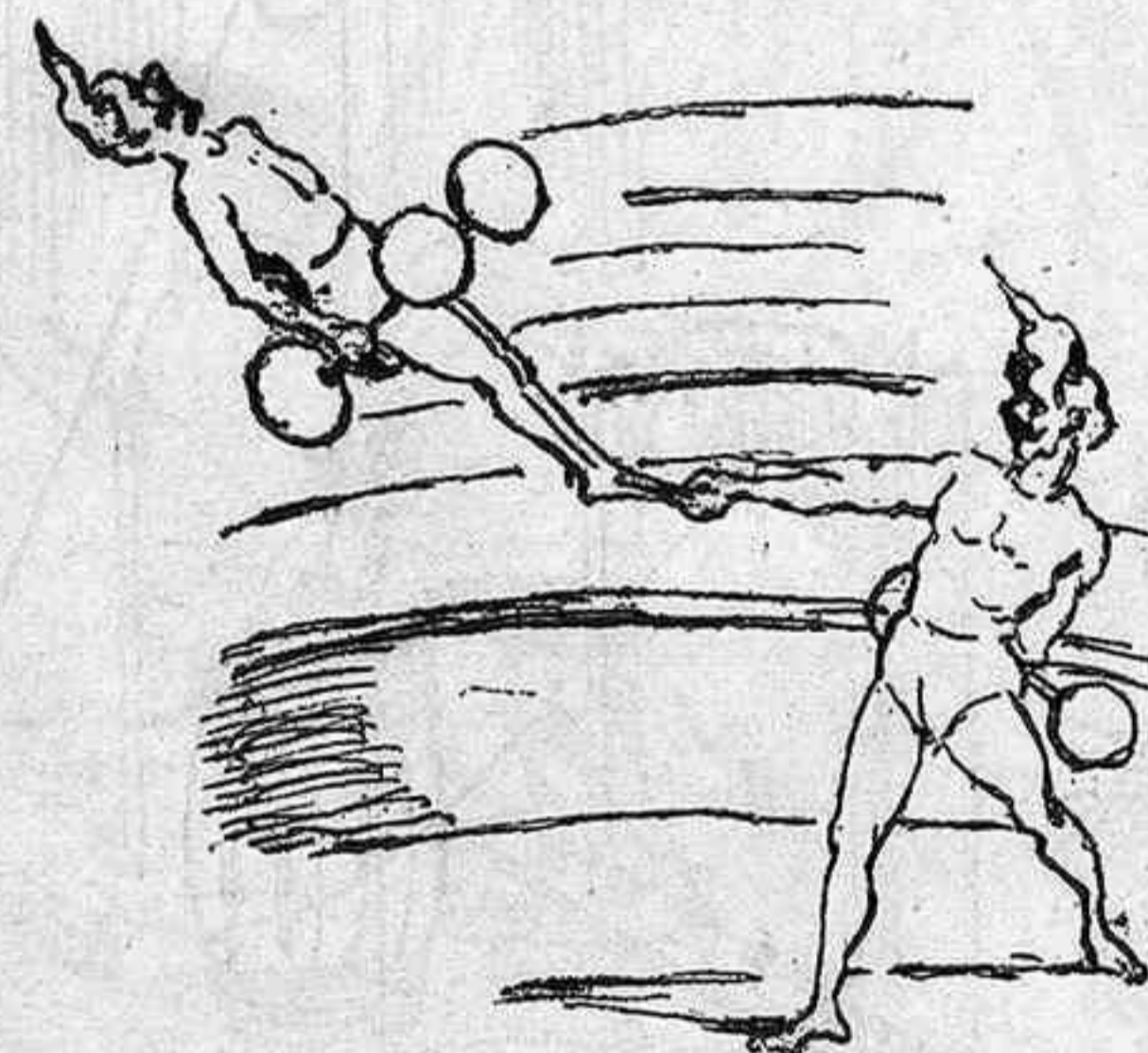
Trabajo sobre la cerda... del caballo, por supuesto.



Cañaditas. — Equilibrios despeluznantes.



Paso café.



Planchas increíbles. Trabajos de clowns. Risa de chichoneras.



Artistas de segundo orden. Ni éstos ni los de primero, hablan.

(Sigue á la vuelta.)

á completa confianza le alquilo, traspaso ó vendo, y me obligo en todo caso como prescribe el derecho, á responder formalmente de evicción y saneamiento. ¡Bonita ocasión, muchachas! ¡vaya una ganga que ofrezco! le daré sobre barato... casi á mitad de su precio. No diré que esté flamante, pero tampoco está viejo; es decir, que está en buen uso, y para un pasar muy bueno. Era allá en sus mocedades impetuoso y travieso, pero el castigo y la espuela á bien que le corrigieron,

y amaestrado en el mundo, que es famoso picadero, es tan dócil que podreis guiarle con un cabello. Por lo obediente y sumiso es un perrillo faldero, por lo callado un cartujo, por lo sufrido un cordero. Se mantiene á poca costa, que desde niño está hecho á alimentarse tan sólo de ilusiones y deseos. Con unas cuantas miguitas de cariño, yo os prometo que andará gordo y relucio para honra y prez de su dueño. Vaya, animarse, muchachas, porque en estos malos tiempos

ni con candil que se busque se halla un chiripon tan bueno. Os le doy domesticado, que desde niño le hicieron á las cadenas y al látigo, al dolor y al sufrimiento. Le doy porque no se vaya, que en viendo unos ojos negros forcejea y se encabrita por escaparse del pecho. Acudid pronto, muchachas... ¡vaya una ganga que ofrezco!... ¡Qué corazón!... ¡ni de encargo!... ¿Quién lo compra que lo vendo?...

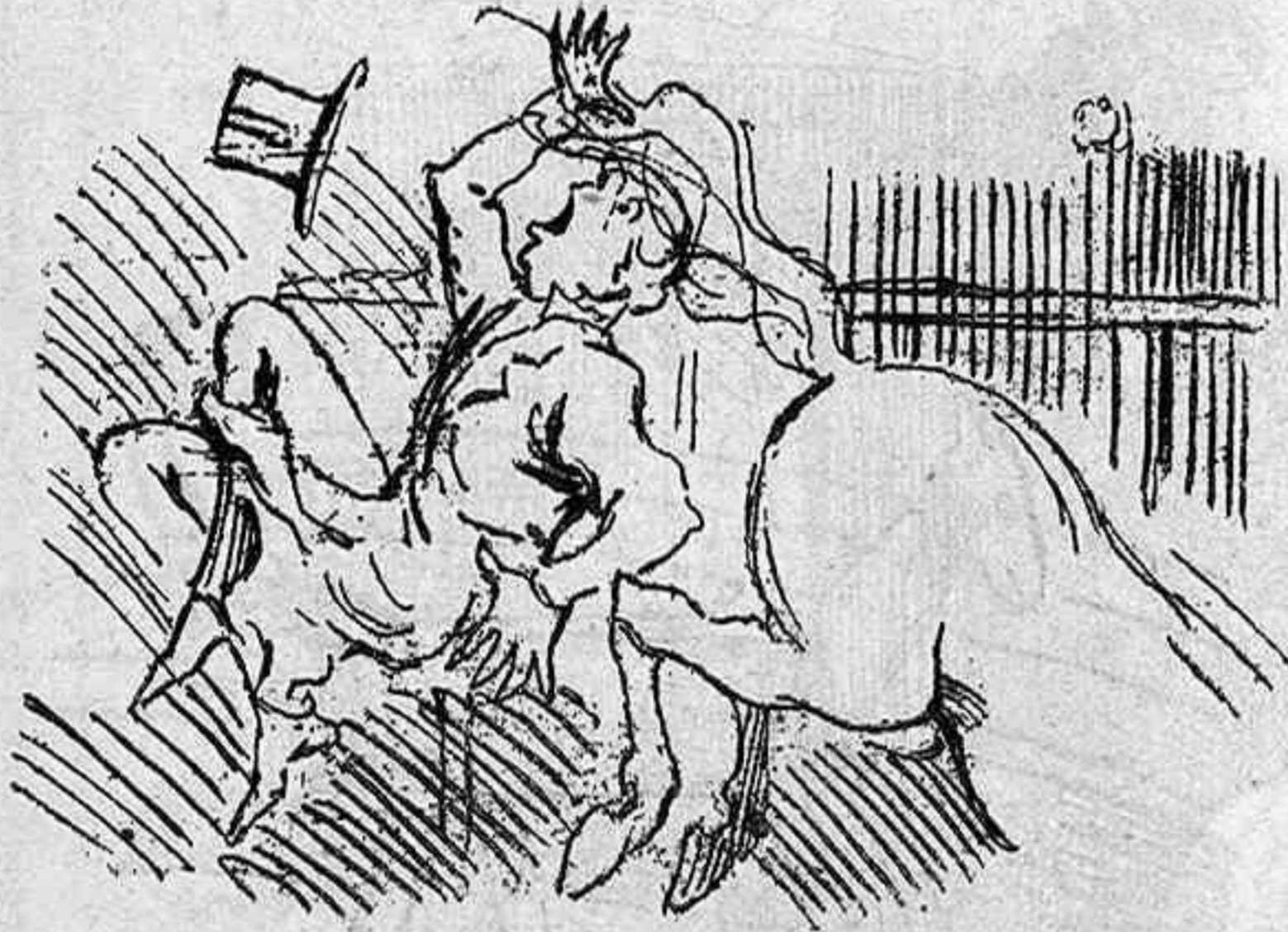
Pedro Domingo Montes.

EN EL ALBUM DE BLANCA.

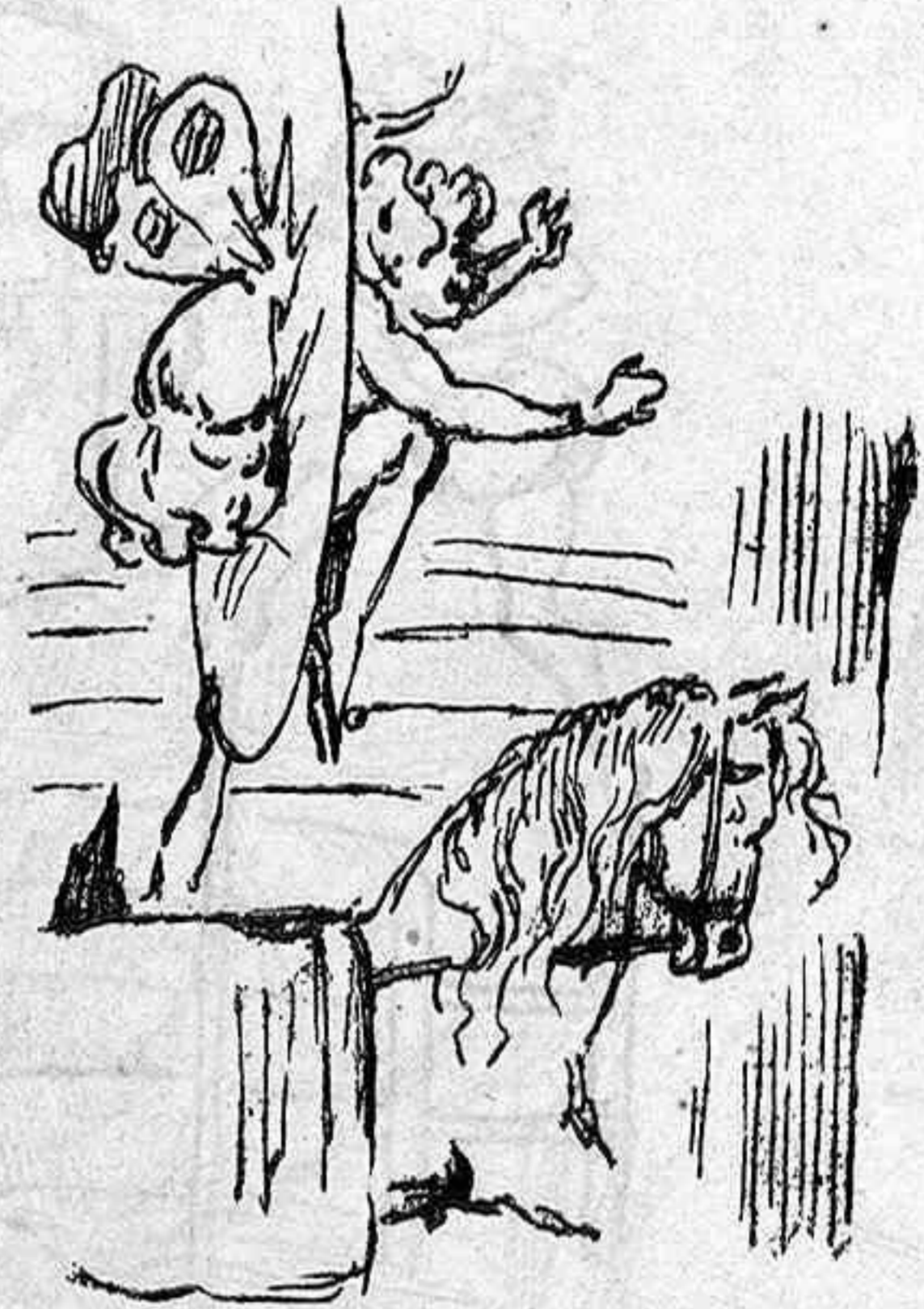
Como al amor preguntara cierto día el corazón con qué color la ilusión suele pintarse en la cara, Quedóse el amor perplejo, miró hácia el alba argentina, y tu imagen peregrina le hirió allí con su reflejo. Y entre suspiros, que arranca el poder de la emoción, respondió: «corazón, la ilusión es siempre Blanca.»

Luciano García del Real.

CIRCO DE PRICE (conclusion). — POR LUQUE.



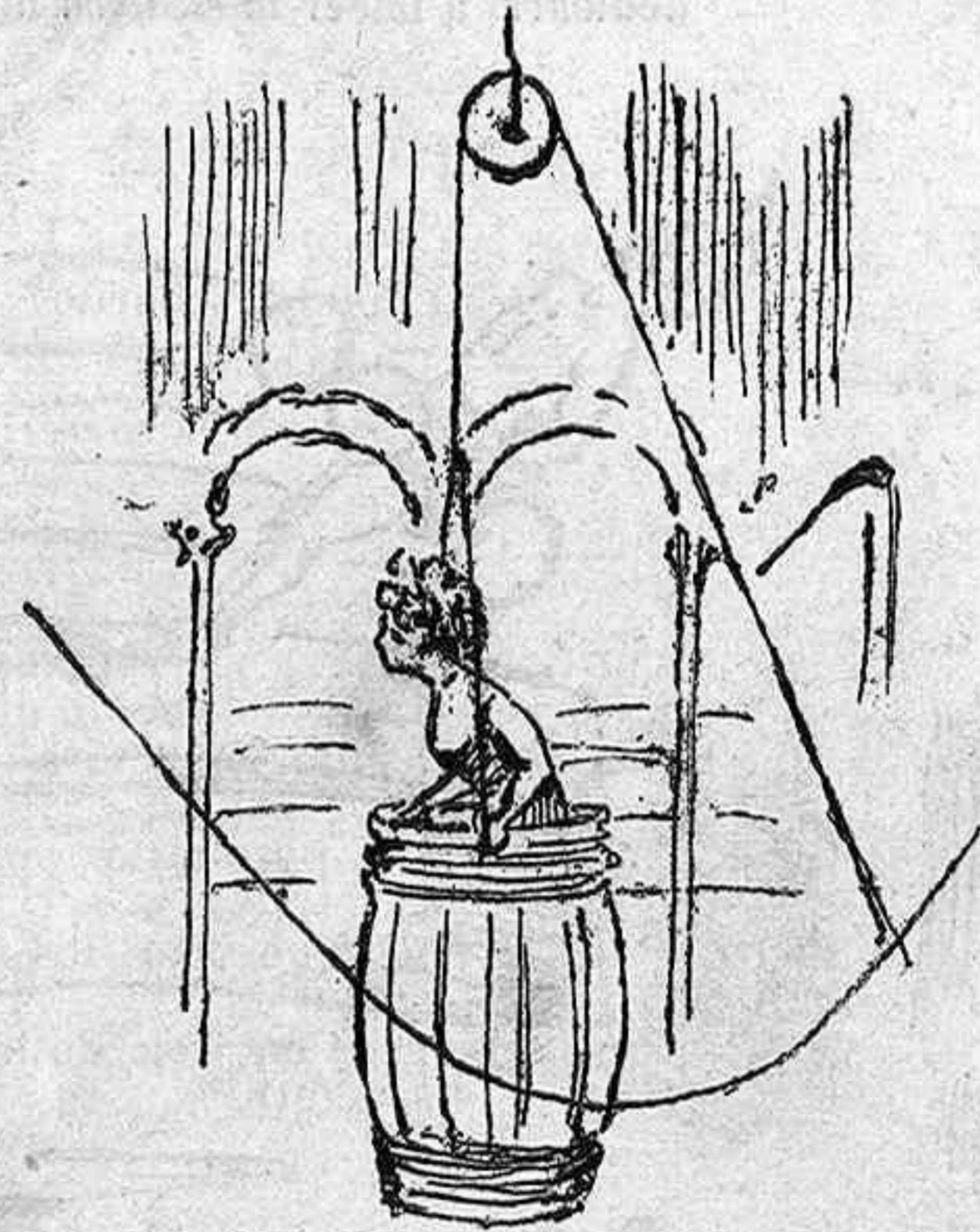
Percances de un aficionado.



El que entra por el aro. — Él no sabrá caer, pero el caballo sabe esperar.



Mr. Jorge Vidal. — Trabajo en la alta escuela, según el programa.



Mlle. Teresa. — Ascension al alambre... flojo. No debe tener callos esta señorita.

PASEO NOCTURNO.

(APUNTES.)

Estoy aburrido, no sé qué hacer, y salgo á la calle sin rumbo fijo. Andando, andando, me encuentro en el café Imperial. ¡Cuánta gente! Y está favorecido por el sexo... bello hasta cierto punto...

Junto á mi mesa se habla de teatros. Si no me equivoco, todos los que están sentados á mi alrededor son actores.

—¿Qué le parece á usted de la nueva empresa? dice uno.

—Que tendrá buenas entradas si sigue buena marcha.

—Pensamos poner obras de espectáculo... pondremos *La Campana*, *El Zapatero*, *Traidor*, *La Espada*... y sin economizar gasto alguno.

—¿Hay caballo blanco?

—¡Chits! dice uno al oír esta pregunta, poniéndose un dedo en los labios, y mirando con cierta intencion á un

señor que escucha admirado á uno de los actores, que con voz campanuda le está refiriendo sus glorias escénicas.

¡Chist! exclamo yo; vámonos, y no averigüemos quién es el caballo blanco.

* *

Me dirijo por la calle de la Victoria, sin saber adónde voy.

—Mira, rubio, me dice una muchacha que está en un portal.

Debe haberse equivocado. ¡Rubio á mí, que soy más moreno que los chinitos!

* *

Ya estoy en los barrios bajos. *Café del Este*, leo en una muestra. Y debe haber funcion dramática, según colijo por el anuncio manuscrito que hay en la puerta. Ejecutan *Don Juan Tenorio* y *La Huérfana de Bruselas*.

La representación debe ser maravillosa.